

EL ENIGMA DEL *ENIGMA* DE KRIPKE

Alejandro TOMASINI BASSOLS

Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN. En este ensayo intento hacer ver que el enigma que S. Kripke plantea en su artículo «A Puzzle about Belief» es un típico pseudo-problema. El núcleo de mi argumentación se funda en la Teoría de las Descripciones y en algunas observaciones de Wittgenstein en torno a los nombres propios. Trato de mostrar que los nombres propios *de facto* funcionan como designadores rígidos tanto como descripciones encubiertas y que Kripke lo único que hizo fue canonizar la lógica de los nombres propios en uno de sus usos, desconociendo por completo el otro.

ABSTRACT. My aim in this essay is to show that the puzzle that S. Kripke presents in his paper «A Puzzle about Belief» is a typical pseudo-problem. Basically, the core of my argument is grounded on the Theory of Descriptions and on some of Wittgenstein's remarks about proper names. I try to make it clear that as a matter of fact proper names function both as rigid designators and as disguised descriptions and that the only thing Kripke achieved was to canonize de logic of proper names in one of their uses, completely ignoring the other one.

I) Enigmas Filosóficos

Fue a no dudarlo Ludwig Wittgenstein quien nos acostumbró a la idea de que en filosofía no nos topamos con genuinos problemas, sino con dificultades de otra naturaleza y a las cuales podríamos referirnos en español mediante expresiones como 'enigmas', 'enredos' (conceptuales), 'dificultades (de comprensión)', 'perplejidades', 'acertijos' o 'rompecabezas' (intelectuales). La diferencia entre los

problemas genuinos, encarnados en las dificultades teóricas que se plantean en las ciencias, y las complicaciones filosóficas es *prima facie* evidente: para un problema genuino hay siempre, por lo menos en principio, una *solución*. Esto es en gran medida explicable. Ningún problema científico, por ejemplo, surge súbitamente de la nada. Un problema real es una dificultad para la cual hay un contexto, es decir, es una dificultad que se gesta y brota al interior de una teoría previamente establecida. Por lo tanto, el problema en cuestión queda articulado en la terminología de esta última. Por ser un interrogante que se plantea en el seno de una teoría ya elaborada la dificultad en cuestión es claramente formulable, es decir, si se comprende la teoría *eo ipso* se comprende el problema, se dispone para enfrentarlo de un método concreto de investigación y se sabe de entrada en qué dirección buscar la solución. Se sabe también, es decir, se puede determinar sin que quepan dudas, lo que *no* es una solución. Por otra parte, ni mucho menos pretendo sostener o sugerir que la aplicación de métodos de investigación en las diversas ciencias sea una cuestión puramente mecánica, fácil o de resultados inmediatos. Lo que quiero decir es más bien que un problema es como una invitación para continuar con el desarrollo de una teoría: se construye una teoría, surge un obstáculo, se le resuelve y la teoría, por así decirlo, se expande. Naturalmente, una vez superado un obstáculo, es decir, una vez resuelto un problema, éste no vuelve a replantearse nunca más. En ciencia no hay regresos, puesto que su desarrollo es lineal y progresivo. En todo caso, así parece ser, si bien a muy a grandes rasgos, el desarrollo científico. Ahora bien, en marcado contraste con los problemas que se plantean en la ciencia, los enigmas filosóficos no sólo resurgen de sus propias cenizas en lo que son las nuevas terminologías, sino que tampoco requieren para plantearse (salvo si son específicos de una disciplina particular) de un trasfondo teórico determinado; tampoco se dispone en filosofía para enfrentar las dificultades de comprensión que se planteen de un único método, perfectamente caracterizado y aceptado por la comunidad filosófica en su conjunto. De hecho, cada escuela filosófica representa una propuesta diferente de método y a menudo las inquietudes que se gestan al interior de una corriente filosófica ni siquiera se plantean o son formulables al interior de las otras. El diagnóstico de Wittgenstein, sin embargo, es lo suficientemente general de manera que nos permite, independientemente de las escuelas y de las tendencias, agrupar las dificultades filosóficas bajo un mismo rubro, *viz.*, el de pseudo-problemas. La implicación inmediata de este *dictum* es relativamente simple: dado que en filosofía no nos las tenemos con genuinos problemas, el objetivo por alcanzar *no puede ser* el de obtener «soluciones», sino más bien el de diagnosticar la inquietud filo-

sófica por medio del aparato conceptual apropiado y, a través de la técnica de investigación adecuada, mostrar por qué nos las habemos con un problema fantasma, con una complicación en cierto sentido redundante y que seguimos aceptando como tal sólo mientras permanezcamos hipnotizados por ella. Cuando logramos liberarnos de su maleficio intelectual el problema que nos aqueja no se soluciona, sino que se disuelve o desvanece. Ahora bien, esta es precisamente la perspectiva que quiero adoptar para enfrentar uno de los «enigmas» filosóficos que más han generado controversias en los últimos tiempos, a saber, el que Saul Kripke presentara en su famoso artículo *A Puzzle about Belief*.

Aunque no muchos, la idea wittgensteiniana de que los interrogantes en filosofía son intrínsecamente diferentes de los de la ciencia y que se enfrentan de un modo radicalmente distinto tiene algunos antecedentes en la historia de la filosofía. Por ejemplo, en lo que sin duda es el ensayo filosófico más decisivo del siglo XX, «Sobre el Denotar», Bertrand Russell, convencido de que la teoría que él ofrece los disuelve, presenta no uno sino tres «enredos» filosóficos y lo hace de una manera tan prístina que simplemente no es posible eludirlos o pretender no verlos o no entender en qué consisten. Empero, cualquier hablante normal también automáticamente intuye que hay algo raro en ellos, que algo *tiene* que estar mal, que hay algo que no embona con nuestras concepciones usuales, con nuestros principios básicos de razonamiento, etc. Como se recordará, los «puzzles» que Russell enuncia (y, curiosamente, él emplea precisamente esa palabra) son simples y son los siguientes:

- a) ¿Cómo es posible hablar significativamente de lo que no existe?
- b) ¿Cómo puede un objeto que no existe tener propiedades?
- c) ¿Cómo puede haber afirmaciones significativas que no se someten a la Ley del Tercero Excluido?

Russell, es cierto, no es el único pensador que haya planteado enigmas filosóficos de manera tan transparente. Frege, por ejemplo, es otro pensador así. Un «puzzle» clásico planteado por Frege es, por ejemplo, el bien conocido enigma de la identidad, que puede ser presentado de este modo: ¿cómo puede haber enunciados de identidad que sean informativos? Otro «enigma» bien conocido es el que Wittgenstein formula en las *Investigaciones Filosóficas* (y que allí mismo disuelve), a saber: ¿cómo puede una regla determinar una línea de acción si se

puede hacer concordar cualquier línea de acción con la regla que sea? Huelga decir que no es mi propósito aquí ni hacer una lista de genuinos enigmas filosóficos (es decir, de auténticos pseudo-problemas) ni ponerme a explicar en qué consiste cada uno de ellos, cómo y por qué surgen, qué respuestas se han ofrecido, etc. Lo que me importa destacar es más bien otra cosa, a saber, que un genuino enredo filosófico debe poder ser claramente formulable y debe impactar de inmediato a quien se le presenta como una dificultad objetiva que no es un mero juego de palabras, una adivinanza, una dificultad que se resuelva apelando a cúmulos de datos, etc. El enredo filosófico mismo debe imprimir en el oyente o en el lector la idea de que por lo menos a primera vista a lo que uno se enfrenta es a una dificultad objetiva que no por no tener carácter científico deja de ser genuina y para la cual, por lo tanto, se tiene que buscar una respuesta, encontrar una salida que nos deje intelectualmente satisfechos. O sea, independientemente de su naturaleza última, un enigma filosófico no puede ser algo que no llame la atención, algo que de alguna manera no se comprenda o no se capte de inmediato, algo que nos haga titubear respecto a si efectivamente hay o no un obstáculo de comprensión.

No obstante, podría preguntarse, ¿a qué vienen todos estos recordatorios elementales? Los traje a colación por lo siguiente: en un par de ocasiones en su ensayo, Kripke insiste en que la moraleja de su discusión es que efectivamente *hay* un enredo filosófico por deshacer, *viz.*, el que él plantea. En efecto, al inicio de su trabajo nos dice: «(...), pero mi tesis principal es una tesis simple: que el *puzzle es un puzzle*». ¹ Y al inicio de lo que es la cuarta y última sección de su trabajo afirma: «La primera moraleja (...) es que el *puzzle es un puzzle*». ² Esto es interesante, porque de entrada torna sospechosa toda su discusión: parecería que, contrariamente a lo que he afirmado que pasa con los auténticos enigmas filosóficos, Kripke quiere a toda costa convencernos (y convencerse) de que efectivamente el problema que él plantea **es** una dificultad filosófica real, un problema que es preciso enfrentar, y no un problema filosófico aparente, una pseudo-dificultad. Sobre esto, naturalmente, regresaré más abajo, pero antes de abordar mi tema propiamente hablando quisiera, como parte de este preámbulo, hacer otra observación crítica relacionada con lo que he venido diciendo.

¹ S. Kripke, «A Puzzle about Belief» en A. Margalit (ed.) *Meaning and Use* (Dordrecht: Reidel, 1979), p.239.

² S. Kripke, *ibid.*, p. 267.

Que, independientemente de lo sugerente y hasta apasionante que pueda resultar la discusión de Kripke, hay algo de sospechoso respecto al *status* del problema que él plantea es algo que Kripke mismo, involuntaria o inconscientemente quizá, hace ver. En relación con esto son dos los puntos que quisiera rápidamente destacar:

- 1) Kripke sostiene que, como un corolario de la discusión de su enigma, «cualquier explicación de la creencia tiene que dar cuenta de él»,³ y
- 2) al no ofrecer una solución a su problema, Kripke se ve llevado a afirmar que «en nuestro *actual* estado de claridad acerca del problema, no estamos en posición de aplicar un principio de eliminación de comillas a todos estos casos ni de juzgar cuándo dos oraciones expresan o no expresan la misma ‘proposición’».⁴

Aunque obviamente por razones diferentes, pienso que ambas afirmaciones son no sólo debatibles, sino rebatibles. Considerémoslas rápidamente en el mismo orden.

Desde el título mismo de su trabajo, Kripke vincula su problema con la creencia. Lo que el título sugiere es que nos las habemos con un problema de filosofía de la mente. Empero, ello no es así. Kripke comete un error y ello se puede mostrar con relativa facilidad. El problema que él plantea no está esencialmente vinculado a la creencia, sino más en general a los usos de nombres propios en contextos indirectos (psicológicos o, más específicamente, de actitudes proposicionales). El problema de Kripke y toda su discusión se sostienen si en lugar de ‘creer’ y sus derivados usamos ‘pensar’, ‘imaginar’, ‘desear’, etc. El asunto, por lo tanto, no tiene específicamente que ver con la creencia sino, en todo caso, con lo que es la adscripción de actitudes proposicionales. Pero, contrariamente a lo que parece estar insinuado en la presentación de Kripke, la cuestión de la naturaleza de los estados mentales es irrelevante para la resolución del «puzzle» mismo. El «problema» no es un enredo de epistemología o de filosofía de la mente, sino de filosofía del lenguaje, en un sentido amplio de la expresión.

³ S. Kripke, *ibid.*, p. 239.

⁴ S. Kripke, *ibid.*, pp. 269-70.

El segundo punto tiene que ver con algo que en diversas ocasiones Wittgenstein señala y que refuerza nuestra intuición inicial de que el problema es, en el sentido de Russell y Wittgenstein mas no en el de Kripke, un mero «puzzle» filosófico, esto es, una dificultad intelectual que en principio, si es enfocada desde la perspectiva correcta, debería poder ser totalmente superada. Lo que pasa es que, al declararse incapaz de ofrecer una caracterización adecuada de la génesis de su enigma, Kripke recurre al muy útil expediente que es la forma mitológica de hablar, explicando o justificando su falta de respuesta a la pregunta que él mismo plantea con la carencia actual de datos, apelando a la idea de que quizá con el tiempo y un poco de buena suerte podremos llegar a saber más acerca de los nombres propios o de los mecanismos profundos del lenguaje natural, etc., y sólo entonces estaremos en posición de resolver el enigma que por el momento nos rebasa. Esto es mitología filosófica pura. Con Kripke (como con Chomsky) transitamos de «puzzle» a «misterio». Esto es un indicador más de que su propia construcción es defectuosa. Es claro que así como cualquier puzzle filosófico debe poder ser formulable claramente aquí y ahora, así también debe poder ser «resoluble» o «disoluble» por completo, aquí y ahora. La resolución de un enredo filosófico no es una cuestión de tiempo o de acumulación de datos, sino más bien de lo que podríamos llamar de «representación perspicua» del simbolismo involucrado, esto es, una representación para la cual se requieren el aparato conceptual adecuado y las técnicas filosóficas apropiadas. El asunto, por lo tanto, ni mucho menos es como Kripke lo presenta.

Las observaciones que he hecho son ciertamente simples, pero me parecían pertinentes u oportunas por lo siguiente: de entrada nos posicionan mejor frente a la dificultad y las tesis kripkeanas. Hay indicios que hacen suponer que, más que otra cosa, el «puzzle» de Kripke es el resultado de alguna clase de incompreensión. Es, pues, con dichas observaciones en mente que debemos pasar ahora a ocuparnos del mensaje filosófico de Kripke en el ensayo que aquí nos ocupa.

II) Los Problemas de Kripke

En mi lectura del trabajo de Kripke, la motivación de su disquisición salta a la vista: su objetivo principal es el de proseguir con su supuesta refutación de lo que él denominó la «tesis Frege-Russell». Como se recordará, en *Naming and Necessity* él rechaza los puntos de vista de Frege y de Russell referentes a los nom-

bres propios y las descripciones definidas presentándolos a su manera y fundiéndolos en una sola posición, con lo cual terminó siendo injusto con ambos. En todo caso, lo que parecería haber sucedido es que su argumentación no fue finalmente lo contundente que él hubiera deseado. De hecho no pocos filósofos no se adhirieron a sus puntos de vista.⁵ El que los contextos modales hicieran pensar que la «tesis Frege-Russell» (que más abajo desgloso) tiene limitaciones no habría podido bastar para echarla por tierra, puesto que de hecho siguió siendo mucho más plausible que la de Kripke en contextos no modales. En este nuevo e importante ensayo Kripke vuelve a la carga y pretende mostrar que tampoco en o para los contextos «psicológicos» la «tesis Frege-Russell» funciona. Desde luego que si Kripke lograra demostrar esto último, ciertamente le habría asestado un duro golpe a la posición común de Frege y Russell. Sin embargo, como intentaré hacer ver, ello no parece de ser el caso.

Es, pues, para dismantelar la «tesis Frege-Russell» que Kripke presenta su «puzzle», una dificultad para la cual, dicho sea de paso, él mismo reconoce no tener una respuesta, ni siquiera un diagnóstico. O sea, Kripke no explica o aclara por qué o cómo surge la dificultad que aparentemente detecta. Preguntémosnos entonces: ¿en qué consiste el enredo kripkeano?

El problema, como dije, tiene que ver con los nombres propios, no con las creencias en particular. Por qué éstas aparecen es algo que se aclarará más adelante. Por el momento concentrémonos en la dificultad misma. La situación que Kripke imagina es como la siguiente:

un hablante normal del español, Juan, ha visto muchos programas de televisión, los cuales lo llevan a emitir o a asentir a la proposición «Dallas es precioso». No obstante, siendo él unos años después un inmigrante indocumentado, se las arregla para irse a vivir precisamente a Dallas. Por su condición, lo más que puede hacer es esconderse en una ciudad perdida (villa miseria) de las afueras de Dallas. Con el tiempo semi-olvida el español y aprende a hablar (y «a pensar») en inglés, de modo que sus vivencias lo llevan a emitir o a asentir a la proposición «Dallas is awful». Así, si se le pregunta en español Juan dirá (porque lo cree)

⁵ A. J. Ayer, por ejemplo, un representante clásico del empirismo lógico rechaza abiertamente las tesis de Kripke. Véase su «Identity and Reference». Hay traducción al español de Alejandro Tomasini Bassols para *Cuadernos de Crítica* (en dictamen).

que Dallas es precioso, pero si se le pregunta en inglés responderá (porque está convencido de ello) que Dallas is awful, esto es, que Dallas es horrendo. Dado que *prima facie* 'Dallas es precioso' y 'Dallas is awful' no pueden ser verdaderas simultáneamente y dado que Juan es sincero en sus respuestas, se sigue que Juan tiene conscientemente creencias incompatibles o contradictorias. Pero ¿cómo puede un ser racional normal hacer suyas de manera consciente creencias que se excluyen mutuamente? ¿Cómo puede Juan creer ambas cosas al mismo tiempo? ¿Cómo es posible que Juan haya llegado a semejante incongruencia mediante vías perfectamente comprensibles e inobjetables?

Esto es lo que a toda costa Kripke quiere hacernos creer que es un problema filosófico real. A decir verdad, el primer problema con el que nos topamos es el de comprender en qué podría éste consistir! A primera vista, sencillamente no hay ninguna dificultad, no hay tal problema. Una respuesta intuitiva, una respuesta que en forma espontánea de inmediato uno tendería a dar consistiría en decir que si bien es cierto que 'Dallas' es un nombre propio y que lógicamente su referencia es un «objeto», a lo que en realidad apunta es a algo sumamente complejo, a algo que tiene tanto partes preciosas como partes horrendas y que como dichas partes no tienen a su vez nombres, lo natural es decir que Dallas es preciosa y que Dallas es horrenda. Pero eso no tiene nada de sorprendente o de paradójico. Es como decir de una persona que tiene tanto rasgos hermosos como rasgos feos, tanto virtudes como vicios, tanto cualidades como defectos. ¿Es eso contradictorio o incomprensible? A primera vista al menos no lo es. Ahora bien, quizá el problema se pudiera replantear de manera que esta primera respuesta no resultara satisfactoria. De hecho, Kripke enfáticamente niega que el problema sea un problema de propiedades identificadoras. Sobre esto regresaré posteriormente. Por lo pronto, lo que vale la pena señalar es lo que Kripke infiere de su problema. De acuerdo con él:

- a) nuestro uso de nombres propios no nos autoriza a decir que sabemos lo que afirmamos cuando los empleamos en contextos psicológicos (adscripción de creencias, pensamientos, etc.)
- b) podemos legítimamente adscribirle a otro hablante que usa nombres propios creencias mutuamente excluyentes
- c) la concepción Frege-Russell no le hace justicia a los nombres propios ni en contextos modales (lo cual ya se sabía) ni en contextos psicológicos.

Ahora bien, en su ensayo Kripke laboriosamente presenta lo que él llama el 'trasfondo' del problema. Dicho trasfondo está conformado por varias ideas y principios, entre los cuales se destacan los siguientes:

- a) los nombres propios son signos problemáticos («*puzzling*»)
- b) los nombres propios no tienen significado, sino sólo denotación (millismo). Por consiguiente:

los nombres propios no son descripciones encubiertas

- c) el principio de eliminación de comillas de acuerdo con el cual si uno asiente o afirma (en condiciones normales, etc.) '*o*' es porque efectivamente cree que *o*.
- d) el principio de traducción, según el cual si una oración *o* enuncia una verdad en un lenguaje L_1 , entonces su traducción a un lenguaje L_2 enuncia también una verdad.

Estas son las tesis y los principios involucrados de manera esencial en la argumentación de Kripke. Lo menos que debemos hacer es intentar decir, aunque sea brevemente, algo al respecto.

Consideremos primero los principios. ¿Cuál es el *status* del principio de eliminación de comillas?⁶ La respuesta no es simple. Evidentemente, no es ni una generalización empírica ni una mera estipulación. Tampoco es un enunciado analítico, en el sentido de que no es el resultado de una mera convención. No obstante, es obvio, puesto que ¿dice algo este principio que un hablante normal podría no saber? Desde luego que no. Dicho principio está implícito en la técnica del lenguaje. En este sentido parece ser *a priori*: sin dicha regla o principio sencillamente no podría haber ningún sistema de comunicación. Por lo tanto, los usuarios del lenguaje no podrían conceder ni siquiera la posibilidad de que fuera falso. Cualquier hablante normal podría exclamar indignado: «Si cuando hablo seriamente no digo lo que creo, entonces ya no sé cómo dar expresión a mis creencias!». Es claro, por otra parte, que tampoco es la expresión de un des-

⁶ Vale la pena hacer notar que quizá el hecho de que la traducción correcta de 'disquotation principle' no sea 'principio de descitación' sino más bien 'principio de eliminación de comillas' podría dar pie a una objeción al principio de traducción al que Kripke recurre.

cubrimiento, esto es, no se trata de una verdad factual ni de una «verdad filosófica», signifique eso lo que signifique. Sería simplemente ridículo pensar que de alguna manera «llegamos a la conclusión» de que en general los hablantes dicen lo que creen o que hay una cierta concordancia entre hablar y expresar creencias. ¿Qué *status* tiene entonces dicho principio? Me parece que por medio de las categorías tradicionales no hay manera de dar cuenta de él. Por ello, quizá la mejor forma de referirnos a él sea decir que se trata de una «regla gramatical», en el sentido de que enuncia una articulación en el seno del lenguaje; refleja el *modus operandi* de nuestras afirmaciones, exhibe una conexión esencial entre afirmar y creer o, si se prefiere, entre los conceptos de hablar y creer. Nosotros normalmente nos enteramos de lo que la gente cree (o en jerga filosófica: nosotros accedemos a sus creencias) vía las afirmaciones que hacen. Por lo tanto, no es ni siquiera imaginable el caso de que sistemáticamente los hablantes dijeran una cosa y creyeran otra. Una situación así es tan imposible o conceptualmente tan absurda como el caso de que todos tuviéramos experiencias visuales diferentes, pero concordáramos en el uso de los nombres de los colores. Ejemplificando: que yo viera rojo, tu negro y él verde, pero que todos coincidiéramos en decir ‘eso es amarillo’. Wittgenstein ya hizo ver que eso *no* puede ser el caso, pero no entraré en los detalles de esa discusión particular. Lo que en cambio sí me importa apuntar es que sucede lo mismo con el principio de eliminación de comillas: es lógicamente posible que el lenguaje estuviera estructurado de un modo diferente y también que funcionara de un modo completamente distinto al modo como funciona nuestro lenguaje natural, pero no lo es conceptualmente, porque cuáles podrían ser esa otra estructura y ese otro modo de funcionar es algo de lo cual no tenemos la más remota idea y que desde la plataforma de nuestro lenguaje no podríamos siquiera enunciar. Para nosotros, dicho principio, por lo tanto, no está sujeto a discusión, pero el punto es que es perfectamente neutral frente al *puzzle*.

Examinemos ahora rápidamente el principio de traducción. A primera vista, dicho «principio» es evidente de suyo. Al igual que el de eliminación de comillas, este principio es trivialmente verdadero, no es el resultado de una convención, no es el resultado de un descubrimiento, no es más o menos probable, etc. Tiene también el mismo carácter apodíctico que el anterior. Empero, hay una diferencia: se trata de un principio formal, es decir, lo que enuncia es formalmente inatacable, sólo que no sirve para indicar lo que es la traducción correcta, sino que la presupone. El principio resulta obvio sólo si ya todos nos pusimos

de acuerdo respecto a lo que es la traducción correcta de una oración de un lenguaje a otro. El problema es que no siempre es ello el caso. Así, pues, aunque el principio en sí mismo es aceptable, su utilización o aplicación es posterior a la determinación de lo que es una buena traducción. Una vez aceptada una traducción, el principio resulta una trivialidad. Sobre esto, no está de más señalarlo, Kripke no dice absolutamente nada. El punto importante para nosotros, sin embargo, es el siguiente: dado que el enredo puede formularse sin tener que recurrir para ello a otro idioma, el «principio de traducción» es redundante y no forma parte de su «trasfondo», como Kripke asume.

Llegamos así al núcleo de la concepción de Kripke, esto es, a lo que él sostiene en relación con los nombres propios, puesto que es en torno a ellos que gira toda su discusión. Obsérvese que él *parte* de la idea de que los nombres propios son designadores rígidos. Su gran argumento para defender esta tesis es básicamente que, a diferencia de las descripciones, los nombres propios no inducen a ambigüedades de alcance en contextos modales y es sobre la base de dicha tesis que él rechaza lo que él denominó la «tesis Frege-Russell». Ahora bien, la tesis modal de Kripke referente a los designadores rígidos puede ser acertada o no, pero en todo caso no parece bastar para por tierra la «tesis Frege-Russell». Esta transición no está garantizada. La posición de Kripke es que como él mostró que los nombres propios no se comportan en contextos modales como las descripciones, entonces la «tesis Frege-Russell» *tiene* que ser falsa o inválida en *todos* los contextos discursivos. Este razonamiento, como intentaré hacer ver, es abiertamente falaz. De hecho, se pueden aceptar los puntos de vista de Kripke sobre el comportamiento modal de los nombres propios y al mismo tiempo hacer nuestra la «tesis Frege-Russell» para los contextos extensionales y psicológicos. Por otra parte, al fusionar, como Kripke lo hace, a Frege con Russell lo que logra es distorsionar sus respectivas posiciones, o por lo menos y con toda seguridad la de Russell. Quizá pueda aceptarse *in extremis* que lo que Kripke dice de Frege es aclaratorio del pensamiento de este último, pero lo que afirma de Russell es declaradamente falso. Intentaré poner esto en claro.

Es probable que Kripke tenga razón en atribuirle a Frege lo que él denomina la teoría descriptivista de los nombres, sólo que su presentación parece defectuosa. Estoy de acuerdo con Kripke en que para Frege el sentido de un nombre viene dado por la totalidad de las descripciones asociadas con el nombre de que se trate. Dado que, salvo en contadas ocasiones como en los casos de 'Homero'

o de 'Sta. Ana', el conjunto de descripciones es infinito (o por lo menos «abierto»), se sigue que los hablantes en general nunca aprehendemos del todo el sentido de los nombres propios. Esta consecuencia puede parecer paradójica, pues parecería implicar que quien usa un nombre propio nunca sabe bien a bien o exactamente qué es lo que está afirmando. A mí me parece que hay una lectura mucho más plausible de esto, pero en todo caso el problema para la interpretación kripkeana radica en que de acuerdo con 'principio contextual' de Frege los nombres propios tienen significado sólo en el contexto de las oraciones, nunca aisladamente. Por lo tanto, lo que Kripke le atribuye a Frege no puede ser del todo exacto, puesto que Frege nunca se impuso a sí mismo la tarea de definir nombres, como 'Pegaso', 'Sócrates' y demás, por medio de descripciones sino, en todo caso, determinar sus significados cuando son empleados *en* oraciones. Dejando de lado esta sutileza, sin embargo, es claro que la tesis descriptivista se puede matizar y la objeción de Kripke superar, sólo que para eso tenemos que dejar a Frege y volvernos hacia lo que precisamente se llama la 'Teoría de las Descripciones'.

La posición correcta en relación con los nombres propios resulta de una combinación de los puntos de vista de Russell y de Wittgenstein. Comencemos con Russell. De sus resultados relevantes más importantes para nuestro tema habría que traer a la memoria por lo menos los siguientes:

- a) el pensamiento de alguien que usa un nombre propio sólo puede hacerse explícito si se reemplaza dicho nombre por una descripción
- a) la forma gramatical de las oraciones en las que aparecen nombres propios no corresponde a su forma lógica
- a) por medio de la teoría se definen las proposiciones en las que aparecen nombres propios cuando, al ser reemplazados por *alguna* descripción, se extraen las proposiciones implicadas y que a su vez implican a la proposición original.

Por lo pronto, con lo anterior Russell nos da lo que es el comportamiento lógico de los nombres propios en contextos extensionales. Empero, una cosa es la lógica y otra la aplicación de los signos. La lógica no puede estipular el uso, sino a lo sumo reflejarlo y canonizarlo. Así, aunque lo que los lógicos dicen es correcto, de todos modos en su aplicación los nombres propios pueden presen-

tar singularidades no recogidas por ellos. Eso es lo que, por ejemplo, Wittgenstein nos revela cuando nos hace ver que usamos los nombres «sin un significado fijo».⁷ Este punto de vista de Wittgenstein es importante, porque en última instancia parece imposible de compatibilizar con la idea de los nombres como designadores rígidos. Para nosotros, sin embargo, lo realmente interesante es justamente la combinación de la perspectiva lógica de Russell con la praxiológica de Wittgenstein. Si cada vez que usamos un nombre propio se nos pregunta por lo que *quisimos decir*, la respuesta tendrá que venir en términos de descripciones pero, como insiste Wittgenstein, ni mucho menos quiere eso decir que la descripción tenga que ser siempre la misma. Pensar eso es simplemente ir en contra de hechos tangibles y realmente no se le puede achacar a Russell semejante proyecto. Cada vez que aclaramos nuestro movimiento en el lenguaje reemplazamos el nombre por una descripción, pero hay tantos reemplazos como descripciones y enunciados, esto es, un número infinito. En todo caso es obvio que nada en los escritos de Russell lo compromete con la absurda tesis de la unicidad de la descripción o con su generalización, esto es, la de la conjunción de descripciones, a la Searle.

Así entendidas las cosas, salta a la vista que Kripke discute un punto de vista que, estrictamente hablando y por diversas razones, ni Frege ni Russell hicieron nunca suyo. No obstante, en aras de la aclaración de la temática y la resolución del enigma le concederemos a Kripke lo que quiere. Intentaré hacer ver que ni siquiera en esas condiciones ideales podría él tener razón.

III) Lógica y utilidad de los nombres propios

Los anteriores recordatorios nos llevan de manera natural a hacer una aclaración complementaria, una aclaración que considero pertinente porque, como veremos, muestra que la perspectiva kripkeana está viciada de entrada.

Una de las nociones a las que Kripke recurre en su exposición y que le sirve para reforzar su argumentación en contra de la «tesis Frege-Russell» es la aparentemente inocua noción de idiolecto. Kripke usa la noción como sigue: si dos

⁷ L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations* (Oxford: Basil Blackwell, 1974), sec. 79.

personas usan el mismo nombre pero rempazan el nombre con descripciones diferentes es porque tienen «idiolectos» diferentes: «Diferencias en propiedades asociadas con dichos nombres, estrictamente hablando, dan lugar a diferentes idiolectos».⁸ Ahora bien, la idea de idiolecto es la idea de un lenguaje propio, no compartido, inclusive si a final de cuentas es un sector o parte del lenguaje natural. Esto no resulta del todo comprensible. Infiero que es esta una noción espuria que induce a describir mal lo que hacemos cuando decimos cosas diferentes porque remplazamos un nombre por descripciones diferentes.

La situación es más bien la siguiente: para los usuarios normales del lenguaje hay un stock acumulado de descripciones, sancionado por la comunidad lingüística y al cual todos en principio tenemos acceso. Así, cualquier hablante puede remplazar 'Napoleón' por 'el vencedor de Marengo' o por 'el vencedor de Austerlitz' o por 'el segundo hijo de Leticia Bonaparte' o por 'el perdedor de Waterloo', y así indefinidamente, pero no puede remplazarlo por 'el Caballero de la Triste Figura' ni por 'el hombre que conquistó Tenochtitlán' ni por 'el hombre de la máscara de hierro', y así sucesivamente. Qué descripción elija cada quien es un asunto personal (de conocimientos adquiridos), pero lo que es claro es que las descripciones aceptables las obtendrán los hablantes del stock de descripciones sancionado socialmente, inclusive reconociendo que constantemente surgen casos limítrofes, casos dudosos, etc. Es, pues, este stock común de descripciones socialmente aceptado lo que garantiza que podamos en última instancia determinar si efectivamente hablamos de lo mismo o no. Pero entonces está claro que el que alguien use una descripción diferente de la que yo hago mía en un caso particular de aplicación del nombre no representa ningún problema, ni teórico ni práctico: en todo momento podemos determinar si hablamos de la misma persona o no confirmando o desconfirmando que las descripciones a las que hayamos recurrido estén en la lista del grupo de las descripciones aceptadas por nuestra comunidad lingüística. Es, por lo tanto, ilegítimo intentar valerse, como lo hace Kripke, de las posibles variaciones de significado que pueden darse *dentro* del lenguaje compartido por los hablantes para rechazar la «tesis Frege-Russell» y para introducir la perturbadora y espuria noción de idiolecto. Ésta simplemente no es requerida y aparte de redundante es nociva, pues vuelve a introducir subrepticamente la inaceptable noción filosófica (que ya creíamos muerta) de privaci-

⁸ S. Kripke, *op. cit.*, p. 240.

dad. Ahora bien, el rechazo de esta noción tiene a su vez implicaciones que es crucial poner al descubierto.

Lo interesante de nuestra desconfianza de ciertas afirmaciones y nociones kripkeanas es que muestra, si está justificada, que la noción que Kripke tiene de nombre propio está *ab initio* mal construida. Kripke considera a los nombres propios al margen de su utilización, como si tuvieran un valor semántico en sí mismos, esto es, independientemente de su inserción y uso en oraciones. Así entendidos es natural que resulten sorprendentes o inclusive misteriosos: por una parte, efectivamente se les usa en oraciones, como si fueran palabras comunes, pero por la otra es obvio que hay un sentido en el que no forman parte del lenguaje natural. A nadie se le ocurriría buscar en un diccionario lo que significan, *e.g.*, 'Alfredo' o 'Lupita', como sí lo haríamos en relación con cualquier otra palabra, como 'sofá', 'entropía' o 'maldición'. Así entendidos, los nombres propios en verdad son palabras raras. Pero esta impresión se produce sólo porque se carece de una representación clara de cómo se integran en nuestro lenguaje. Mi punto de vista es que lo que Kripke dice sobre los nombres propios es falso en parte falso y en parte incompleto. Todo el problema surge porque él hace inferencias que sólo se justificarían si lo que él tuviera que decir fuera la totalidad de la explicación lo cual, como veremos en un momento, no es el caso. En eso radica su error. Encaremos, pues, el asunto de la introducción y la aplicación de los nombres propios.

Lo primero que llama la atención es que hay una fuerte tensión entre, por una parte, las tesis de Kripke sobre los nombres en contextos modales y, por la otra, ciertos aspectos de su teoría causal de los nombres. En efecto, como se sabe, de acuerdo con él los nombres propios son introducidos mediante una especie de bautismo y posteriormente transmitidos de hablante en hablante o de generación en generación por «cadenas causales». Intuitivamente nos inclinamos por afirmar que la teoría causal de los nombres propios constituye una importante aportación a la discusión, sólo que la idea involucrada está mal trabajada por Kripke. De hecho, él no se percató de que la idea misma de «cadenas causales» le pone límites a su propia doctrina de los designadores rígidos. Veamos por qué.

Para empezar, la noción de causalidad y la mitológica idea de «bautismo», a las que Kripke recurre, están totalmente fuera de lugar. A este respecto es una vez más Wittgenstein quien nos aclara la situación: «Como se dijo: nombrar es

algo parecido a ponerle una etiqueta a un objeto. Se puede llamar a eso una preparación para el uso de una palabra. Pero es una preparación *¿para qué?*.⁹ La idea de bautizar es equivalente a la de etiquetar (es evidente que fue de ahí de donde Kripke la «tomó prestada»), sólo que con connotaciones indeseables, por lo que es mejor reemplazarla. Y si ahora preguntamos: ¿qué uso les damos a los nombres propios? ¿Para qué nos sirven?, veremos que, aceptando en lo esencial lo que Kripke sostiene, nos vemos conducidos a resultados diferentes.

La respuesta correcta a las preguntas recién planteadas sólo puede darse si se toma en cuenta el carácter eminentemente pragmático del lenguaje. Como bien lo sugiere la teoría causal de los nombres propios, éstos son instrumentos lingüísticos vinculados a procesos ostensivos y ello por la sencilla razón de que el lenguaje es a menudo empleado por los hablantes con fines concretos e inmediatos, con fines vinculados a sus respectivas circunstancias. Los nombres propios sirven para, por así decirlo, anclar el lenguaje y de esta manera hacerlo útil, práctico, aprovechable. Es obvio que el lenguaje sirve también para teorizar o para especular, pero para el hablante normal, para el hombre de la calle, sirve para indicar direcciones, pedir un producto en una tienda, hacer una transacción bancaria, transmitir información relevante, hacer réfr, etc. Podemos ahora entender la diferencia entre nombres propios y descripciones, pero también sus conexiones. Es inobjetable, como quieren Mill y Kripke, que si dos personas que conversan emplean un nombre para referirse a un objeto que tienen enfrente o que tienen perfectamente identificado (*i.e.*, que es el tema bien identificado de su conversación), las descripciones sean perfectamente redundantes. Lo que les importa es decir algo sobre su tema de conversación. En ese caso de empleo la función del nombre es estrictamente milliana. Sin embargo, es igualmente obvio que los usuarios del lenguaje pueden emplear nombres cuando no tienen a los objetos de referencia frente a ellos o para iniciar una conversación por ejemplo, y en esos caso la única forma de volverlos significativos es recurriendo a una o varias descripciones. Si yo afirmo en España que Xóchitl fue la gran benefactora de los tlaxcaltecas, en la inmensa mayoría de las ocasiones (creo) mi afirmación sólo se entenderá si reemplazo 'Xóchitl' por una descripción, esto es, por una expresión significativa del lenguaje, como 'la diosa del pulque' (asumiendo que la gente en España sabe lo que es el pulque). Pero si no hay tal reemplazo,

⁹ L. Wittgenstein, *ibid.*, sec. 26.

entonces los hablantes españoles no entenderán del todo lo que dije, lo cual es comprensible. Ahora bien, si esto es así se sigue que para dar cuenta de esta clase de uso de los nombres propios a quien hay que recurrir es a Frege y a Russell, puesto que es su punto de vista compartido lo que explica su funcionamiento en esta otra clase de casos. Así, pues, es sólo si conjugamos los resultados de Frege y Russell con los de Kripke (y Wittgenstein) que se nos aclarará el *modus operandi* de los nombres propios. Lo que en cambio es declaradamente absurdo es pretender reducir todos los casos de usos de nombres propios a uno solo, esto es, al que más nos parezca que es el más representativo de ellos, el «esencial». De ahí que sea perfectamente correcto afirmar que los nombres propios *pueden* tener usos de nombres russelliano-millianos, es decir, de nombres propios en sentido lógico, pero es igualmente innegable que pueden tener el uso de descripciones encubiertas, que es el uso en el que Frege y Russell se fijaron. Es evidente, o debería serlo, que el uso que Talleyrand pudo haber hecho del nombre 'Napoleon', digamos refiriéndose a él y señalándolo a distancia, no puede ser el mismo que el que yo hago cuando le digo a alguien que Napoleón era corso. El instrumento lingüístico es el mismo, a saber, el nombre propio 'Napoleón', pero sus aplicaciones o usos son diferentes en cada caso. Así, cuando Kripke afirma que los nombres propios son designadores rígidos, que carecen de «contenido semántico», etc., lo único que hace es hacer justicia a *uno* de los dos usos de los nombres propios, esto es, a su uso como nombres propios en sentido lógico; y de igual modo, cuando Frege y Russell afirman (cada quien a su manera y en su terminología) que los nombres propios son descripciones encubiertas, le hacen justicia únicamente a su uso en contextos que *no* son de ostensión. Por lo tanto (y sacando momentáneamente a Wittgenstein de la controversia), podemos afirmar que ambas partes tienen la razón o, si se prefiere, que ambas están equivocadas, sólo que parcialmente. Son las dos posiciones, tomadas de manera conjunta y enmarcadas en las observaciones de Wittgenstein, lo que nos da la perspectiva correcta respecto a los nombres propios.

IV) Diagnóstico del enigma kripkeano

Regresemos ahora al enigma de Kripke. Aceptemos que Juan afirma tanto 'Dallas es precioso' como 'Dallas es horrendo'. ¿En dónde o en qué radica el problema? Disponemos ya de los elementos para dar cuenta de la dificultad, aceptando momentáneamente que la hay. Nuestra respuesta es forzosamente doble:

si Juan usa 'Dallas' como nombre propio en sentido lógico, la dificultad se reduce a una cuestión de *indexicalidad*: 'Dallas' sirve para apuntar a dos áreas geográficas diferentes. Es exactamente como si en lugar de decir 'Dallas es precioso' y 'Dallas es horrendo' Juan dijera (apuntando a un punto en un mapa o a zonas diferentes de la ciudad) 'Esto es precioso' y 'Esto es horrendo'. ¿Hay algún problema en ello, alguna dificultad profunda que no podamos explicarnos? ¿Está implícita alguna complicación particular en el uso del demostrativo? Yo no la veo. Lo interesante es que lo mismo acontece si en lugar de 'Dallas' Juan usa descripciones: tampoco hay nada contradictorio, por la simple razón de que *obviamente* Juan estará usando descripciones diferentes en cada caso (e.g., 'la ciudad con tales y cuales parques' y 'la ciudad con tales y cuales tugurios'). En este segundo caso lo que tendremos será un problema más bien de *ambigüedad*: 'Dallas' tendrá (en oraciones, desde luego) significados diferentes. La trampa de Kripke consiste en ocultar este hecho manteniendo el nombre propio sin hacer explícito lo que su uso presupone. Es por **eso** que se crea un enredo del cual, debidamente arropado en la terminología de 'designadores rígidos', 'mundos posibles', etc., no hay posteriormente una salida clara.

Es importante observar que la condición para entender las diferencias de comportamiento de los nombres propios según el contexto en que se les use es precisamente su ya señalado doble rol. En contextos modales, los nombres propios *tienen* que conducirse como demostrativos o nombres propios en sentido lógico: sirven única y exclusivamente para denotar y es por eso que no inducen a ambigüedades de ninguna índole ni generan paradojas de ninguna clase, como tampoco lo hace 'esto'. Empero, en contextos de actitudes proposicionales los nombres propios sí son susceptibles de inducir a ambigüedades de alcance y a confusiones de distinta naturaleza. Pero la explicación es obvia: en estos contextos los nombres propios *de hecho* funcionan como descripciones. La prueba de que ello es así es obvia e irrefutable: tiene sentido decir, e.g., que Homero no existe. O sea, si podemos predicar significativamente la existencia o la no existencia de Homero es porque (en palabras de Russell) la existencia es una propiedad de funciones proposicionales, y por ende de descripciones. De ahí que si le preguntamos a alguien qué quiso decir al afirmar que Homero no existe, lo único que podrá respondernos es que lo que quiso decir es que el autor de *La Ilíada* y *La Odisea* no existe. En casos como este, por lo tanto, nombres propios como 'Homero' forzosamente funcionan como descripciones. No tiene nada de extraño, por lo tanto, que la lógica de los nombres propios cambie según la clase de

aplicación o uso que de ellos se haga. Naturalmente, esto no constituye una refutación de la otra parte de la explicación de los nombres propios, pero nadie en sus cabales pretendería tal cosa.

El reconocimiento de que los nombres propios pueden ser usados de dos maneras radicalmente diferentes nos permite rechazar otra pretensión de Kripke: él piensa que porque los nombres propios co-referenciales son intersustituibles *salva veritate* en contextos modales, entonces tendrían que serlo también en los contextos «psicológicos». Como ello no es el caso, entonces Kripke no puede explicar el fenómeno y termina considerando que el «fracaso de los nombres co-designativos en ser intercambiables en contextos de creencia sigue siendo un misterio». ¹⁰ Evidentemente, según él dicho misterio constituye un argumento más en contra de la posición de Frege y en favor de la de Mill. ¹¹ Pero es claro ahora que es Kripke quien está confundido: él, en tanto que lógico, astutamente detecta una faceta del comportamiento de los nombres propios, *viz.*, su comportamiento modal, pero deja pasar otra faceta semántica de los nombres propios (otro uso), que es lo que lo lleva al error. Por no saber dar cuenta de su utilidad, no puede explicar su comportamiento. Así como están las cosas, tan arbitrario es exigir que los nombres propios sean intersustituibles *salva veritate* en todos los contextos como esperar lo opuesto. Pero una «solución» reductivo-eliminativa no puede ser correcta, puesto que eso equivaldría a suprimir un uso en favor del otro y una exigencia así es simplemente descabellada. Es perfectamente comprensible que si dos nombres propios designan el mismo objeto, entonces al ser usados como nombres propios en sentido lógico (en contextos modales u otros) sean intersustituibles, puesto que ello sería como reemplazar un 'esto' por otro 'esto'. Pero obviamente eso no puede ser así cuando para aclarar su aplicación es menester recurrir a descripciones: nada podría garantizarnos que los hablantes (o inclusive un mismo hablante en diferentes ocasiones) utilizarán una y la misma descripción. Kripke sostiene que la falla de la substitutividad en contextos de creencia no se explica por cambios en los sentidos asociados con los nombres, esto es, con las descripciones asociadas, y opta por la tesis del misterio. Yo pienso que su explicación es fallida y señalo por qué: sorprendentemente, puesto que su teoría causal debería haberle sugerido algo en este sentido, él sólo

¹⁰ S. Kripke, *op. cit.*, p. 247.

¹¹ S. Kripke, *ibid.*, p. 247.

se fija en los usos de los nombres propios como nombres propios en sentido lógico y se olvida por completo del uso de los nombres propios como descripciones encubiertas, un uso tan legítimo como el primero.

Lo anterior está conectado con otra deficiencia más o menos obvia del planteamiento de Kripke: éste no parece percatarse de que el signo '=' tiene varios significados. Desde luego que podemos afirmar que necesariamente Héspero = Fósforo, puesto que al hacerlo usamos los nombres propios 'Héspero' y 'Fósforo' como nombres propios en sentido lógico y en ese caso, por razones ya aducidas, los nombres son intersustituibles. Es como si dijéramos 'necesariamente, esto es lo mismo que esto' (apuntando al mismo objeto) o como si estipuláramos que esta etiqueta para este objeto dice exactamente lo mismo o es equivalente a esta otra etiqueta para ese mismo objeto. En la medida en que «carecen de contenido» y de que nada más sirven para apuntar (física o lingüísticamente) a un objeto, se trata forzosamente de signos que son intercambiables. No tiene, pues, nada de sorprendente que los nombres propios sean intercambiables en contextos modales y que den lugar a proposiciones conocidas de los modos como Kripke señala: en unos casos tendremos verdades necesarias *a priori* ('Necesariamente Venus = Venus') y en otros verdades necesarias *a posteriori* ('Necesariamente Fósforo = Héspero'). En esto, me parece, hay que concederle la razón a Kripke, puesto que lo que en el fondo él sostiene es en última instancia trivialmente verdadero. Por otra parte, sin embargo, si decimos 'Juan cree que Héspero = el lucero del alba' no se sigue que Juan crea que Fósforo = el lucero del alba, a pesar de que 'Héspero', 'Fósforo', 'el lucero del alba', 'Venus', etc., sean expresiones co-referenciales. En lo que Kripke no repara es en el hecho de que, en este segundo caso, los nombres *son* empleados como síntesis de descripciones. Ahora bien, las diferencias de uso son relevantes para el significado de '=': en este segundo caso el signo sirve para hacer una aseveración factual y significa algo como 'tiene estas otras propiedades', en tanto que en el primer caso (*i.e.*, cuando los nombres propios son usados como nombres propios en sentido lógico) el signo '=' es más bien una regla de sustitución para signos: indica que podemos reemplazar unos por otros sin alterar el valor de verdad de lo que aseveremos.¹² Esto último normalmente no pasa en contextos de creencia, primero porque las creencias tienen un contenido y no versan sobre convenciones y, segundo, por-

¹² Esta idea del doble significado de '=' está extraída del *Tractatus Logico-Philosophicus*.

que nada nos garantiza que los nombres y las descripciones serán empleados por el hablante correctamente. El que exista la posibilidad del error basta para descartar la substitutividad de los nombres propios en estos contextos, inclusive cuando son co-referenciales. Pero en esto no hay ningún misterio. Realmente lo misterioso e incomprensible sería más bien lo contrario!

V) Conclusiones

Si no es totalmente descabellado lo que he venido sosteniendo, es claro que Kripke está confundido en relación con los nombres propios. Para decirlo de alguna manera, es como alguien que nada más pudiera ver con un ojo: lo que ve lo ve bien, sólo que la mitad del campo visual se le escapa sin que él se dé cuenta de ello. Una situación así puede ser lamentable, pero se vuelve criticable cuando sobre la base de la percepción de la mitad del campo visual alguien extrae conclusiones que pretende hacer pasar por válidas para el todo del campo visual. Así, Kripke deja escapar uno de los dos usos legítimos de los nombres propios, disponiendo sin embargo de los elementos para desarrollar una teoría completa al respecto. Dado que él traza multitud de inferencias sobre la base de una visión parcial (para seguir con el ejemplo), a nadie debería sorprender que su concepción de los nombres propios no pueda ser totalmente acertada y, sobre todo, que muchas de sus críticas sean fallidas. Dicho en otras palabras: la teoría de los nombres propios como designadores rígidos sencillamente *no puede ser totalmente verdadera* o aceptable.

Estamos ahora en posición de dar cuenta de algunas de las extrañas afirmaciones de Kripke, como la de que los nombres propios son en el fondo intraducibles, que deberíamos usarlos como se usan en sus idiomas originales (y que de hecho así lo hacemos), etc. Los problemas que plantean los nombres propios no tienen nada que ver con lo idiomático, con las traducciones, interpretaciones, etc., sino con modalidades de uso y con lógica. Asimismo, es obviamente falsa su convicción de que los contextos indirectos (psicológicos) no permiten decir nada sobre los nombres propios. La respuesta a esto es que permiten decir tanto como lo autorizan decir los contextos modales. Por nuestra parte, creo que podemos extraer por lo menos la siguiente conclusión, con la cual redondeamos nuestra discusión: en contextos modales los nombres propios son sustituibles *salva veritate* por la sencilla razón de que en dichos contextos no son usados como des-

cripciones encubiertas. Decir: 'necesariamente Venus = Fósforo' es simplemente como decir 'necesariamente esto = esto' o, alternativamente, este signo es sustituible por este otro; en contextos psicológicos, en cambio, los nombres propios en general no son empleados como demostrativos o como nombres propios en sentido lógico. Por eso de 'Juan cree que Héspero es Fósforo' no podemos inferir algo como 'Juan cree que Héspero es Venus', a pesar de que 'Venus' y 'Fósforo' son nombres propios co-referenciales. En estos contextos, por lo tanto, los nombres propios no son ni podrían ser intersustituibles *salva veritate*, porque la posibilidad del error está conceptualmente inscrita en la clase de uso del nombre, puesto que éste queda de uno u otro modo ligado a descripciones y éstas pueden ser falsas del referente. Sólo quizá en el caso de uso de nombres propios por parte de Dios podría el asunto ser diferente. Pero además es claro que si Kripke tuviera razón, entonces para un hablante normal una expresión como 'Juan cree que Venus es Héspero' podría ser equivalente a algo como 'Juan cree que esto es esto'. Y eso simplemente no es el caso. En otras palabras, la teoría de Kripke simplemente no sirve para dar cuenta de los usos de los nombres propios en contextos psicológicos. Por último, es claro que en contextos extensionales, ambos usos pueden aparecer combinados. Por ejemplo, de 'Napoleón venció a Nelson en España' y 'Nelson = el jefe de la armada naval inglesa', podemos deducir 'Napoleón venció en España al jefe de la armada naval inglesa'; empero, si alguien usa 'Napoleón' y 'Bonaparte' como nombres propios en sentido lógico y está, digamos, apuntando a un cuadro de Napoleón, el hablante podrá perfectamente decir 'Bonaparte venció a Nelson en España' y estará exactamente diciendo lo mismo (asumiendo, desde luego, que 'Napoleón' y 'Bonaparte' pertenecen al léxico del hablante). Dependiendo de los usos, 'Napoleón' será empleado como un signo que encubre un cúmulo de descripciones o bien servirá exclusivamente para apuntar a un objeto y en ese caso puede ser reemplazado por otro signo que cumpla exactamente la misma función, es decir, que denote el mismo objeto.

¿Qué queda entonces del «puzzle» kripkeano? ¿Acaso sigue siendo inexplicable el que afirmemos que Juan cree que Dallas es magnífica y que Juan believes that Dallas is awful? Mi respuesta a esta pregunta es simplemente que lo que no entiendo es cómo alguien pudo haber pensado que esta situación nos enfrenta con un «puzzle» filosófico. Para mí esto es un enigma que ciertamente no sabría cómo resolver.